

y en un pueblo exento de la invasión de aquellos bárbaros, á quienes se imputa á menudo la ruina del saber en Occidente.

No se entienda que tenemos en cuenta los nombres de Demóstenes y de Ciceron al elogiar la elocuencia de los santos Padres. Carecen estos sin duda de aquella pureza de estilo, sóbrio á la vez y severo, que jamás cesa de agradar en los clásicos. Sin método preciso, demasiado abundantes en pormenores se engolfan en digresiones frecuentes, y queriendo instruir, abusan de la erudición que hasta. Los hábitos retóricos se dejan conocer en ellos con demasiada frecuencia, y lo que es extraño, esto sucede aun más en sus cartas familiares que en sus obras oratorias (15). Pero los grandes escritores de la antigüedad surgieron en circunstancias mucho más á propósito para fomentar el genio. Aquellos cuya elocuencia rivalizó en Francia en el siglo XVII con la de los santos Padres, tuvieron la ventaja de una civilización perfeccionada por las artes, por la vida social, por la magnificencia de una corte, cuyo lujo se armonizaba con el gusto más refinado. Al revés en el siglo IV se elevan los oradores cristianos en medio de la general decadencia, de extranjerías invasiones, de iracundas disputas, de tosquedad afeminada, de cobarde envilecimiento: en un tiempo en fin en que monarcas ineptos se hallan gobernados por mujeres y eunucos, en que todo se plega ante un orden tiránico, ó ante la perezosa indiferencia.

Por poco que se pretenda una vez no atenerse únicamente á las formas (resabio de la escuela), sino penetrar en el fondo se advertirá lo que distingue esencialmente á los Padres de la Iglesia de los antiguos oradores; la convicción ardiente, activa, que vivifica sus escritos desde el principio hasta el fin, que hace tan ardoroso y tan verdadero el lenguaje, que da interés á todo, porque todo es sincero. Si se quiere además calcular la distancia entre composiciones cuidadosamente elaboradas, aunque nutridas de adulación ó odio solamente, y el vigor de aquellas en que se agitan los intereses más vivaces, más sublimes del hombre y de la humanidad, causará admiración ver á los Padres tan superiores á sus contemporáneos; al contemplar talentos tan diferentes, separados por el tiempo y por la distancia, concordar tan perfectamente para sostener las mismas doctrinas y para defender siempre la más generosa y noble causa.

La cultura latina había durado mucho menos que la helénica, y mientras la antigua se agotaba, la nueva no había echado todavía los gérmenes fecundos. En los primeros tiempos del cristianismo no se alzó entre los latinos ningún escritor antes de Tertuliano de Cartago, y entre los que florecieron más tarde no se halla aquella hermosa ar-

monía del genio griego, ni aquella elocución graciosa que los helenos conservaron casi sin alteración ninguna; pero tienen más unción, más actualidad, y si agradan tanto penetran más. Encontrábanse menos arraigadas las tradiciones literarias en Italia, y menos todavía en España, en las Galias y en África, que en la Grecia: por eso el desarrollo de los nuestros fué allí menos refinado, aunque más original. Se altera el idioma, pero renace el estilo; y lo que falta á los escritores en corrección y pureza queda compensado por la energía del sentimiento, por la riqueza de las imágenes, por la elevación de miras, y especialmente por la novedad de la sustancia; mérito notabilísimo en una literatura, que desde su cuna no había hecho más que arreglar y traducir.

**San Gerónimo.**—San Gerónimo se sintió arrastrado tanto en sus escritos como en su vida por su imaginación fogosa, lo cual hace que se encuentren en sus obras al lado de bellezas admirables, errores y extravagancias; la gravedad teológica es ofendida por burlas bajas ó violentos improperios. Es su expresión siempre enérgica, y natural á menudo se debilita con harta frecuencia, por las importunas citas que le suministraba su riquísima erudición, por reflexiones frías y triviales, y por no saberse detener á tiempo. Por otra parte, ¿cómo había de ser correcto si le acontecía á veces escribir mil líneas en un día (16) y si fué compuesto en una noche el tratado contra Vigilancio? Sin embargo su imaginación logra engalanar los más áridos asuntos, y prestar animación á la lectura de sus obras, ráfagas de elocuencia y una dialéctica severa.

Se lamenta de que «descuidando la sencillez y pureza de las palabras evangélicas, se hace ostentación como si se hablase en un ateneo ó ante un gran auditorio; el discurso adornado con falsedad retórica, procede en público como una cortesana, menos para instruir á los pueblos que para mendigar su favor y excitar los sentidos de los oyentes. Los que buscan la elocuencia y las declamaciones acudan á Ciceron, á Polemon, á Quintiliano: la Iglesia de Cristo no sale de la academia ó del liceo, sino de una plebe vil, y la locura de Dios ha superado á la sabiduría de los hombres. ¿Quién lee ya Aristóteles? ¿Cuántos conocen á Platon? Apenas algún viejo ocioso. Pero de nuestros aldeanos, de nuestros predicadores habla todo el mundo. Con lenguaje sencillo conviene, pues, explicar sus sencillas palabras.» (17) Ya hemos dicho cuán poco supo San Gerónimo observar después estas precauciones.

Pronunció también muchas oraciones fúnebres (*epitaphia*), y especialmente la de Nepociano, sacerdote de Albino, en que no se separa del arte

(15) Por ej. las cartas de San Juan Crisóstomo á Olimpías.

(16) Prefacio del segundo Comentario en Efeso.

(17) *Comm. in ep. ad Galat. Pref. lib. IV.*

pagano, prodigando alabanzas hasta á la belleza del difunto. Pero algunas veces se abandona al efecto pintando sus últimas horas: «Tiraba atrás la ropa, braceaba, veía lo que no veían los demás, se alzaba como para salir á recibir, ó saludar á alguno que llegaba; en este momento recordó su amistad, la dulzura de nuestros estudios; y tomando la mano de su tío le dijo: *Esta túnica de que me servía en el ministerio de Cristo, envuélala á mi querido Gerónimo; padre mio por edad, y hermano por profesión y el cariño que me debes como sobrino tuyo, trasmítela á este que te amaba como yo.*»

Elevándose después desde el más particular á los males comunes, se congratula de que Nepociano haya sido libertado de tantos padecimientos. Y entonces describe la desgracia de los emperadores de aquella época, las caídas de los grandes y ministros, y la sangre que hacia veinte años inundaba los campos desde Constantinopla hasta los Alpes Julianos. «¡Cuántas matronas y vírgenes de Dios, cuántos cuerpos nobles y puros abandonados á esas fieras! ¡obispos prisioneros, sacerdotes muertos, iglesias destruidas, caballos profanando los altares de Cristo, reliquias de mártires insepultas, y por todas partes lamentos y gemidos y multiplicadas imágenes de la muerte! El mundo romano sucumbe, y nuestra altiva cerviz no se dobla aun. ¡Feliz Nepociano que no ve estas cosas! Desgraciados nosotros que sufrimos tantos estragos, ó vemos sufrir á nuestros hermanos. Hace tiempo que sabemos que Dios está ofendido y no le aplacamos; por nuestros pecados son poderosos los bárbaros, por nuestros vicios es derrotado el ejército romano.» Y pone de manifiesto como desde una altura al género humano que se afana y perece. «Volvamos á nosotros mismos. ¿No sabes que fuiste niño, adolescente, joven, adulto y viejo? Todos los días morimos, y sin embargo nos creemos inmortales... El único bien es estar unidos entre nosotros por Cristo.... La caridad vive siempre en el corazón; por ella, aunque está ausente, tenemos presente á Nepociano, y á pesar del vasto espacio que nos separa, nos abraza con una y otra mano dándonos prendas de su amistad. Pongamos de acuerdo nuestros ánimos, estrechemos nuestro afecto é imitemos para consolarnos de la muerte de un hijo la fuerza de ánimo del santo obispo Cromacio á la muerte de un hermano. Celébralo nuestras páginas, figure su nombre en nuestras cartas, abracemos con la memoria á aquel á quien no podemos abrazar con el cuerpo, y no cesemos de hablar de él ya que con él no podemos.»

**San Ambrosio.**—Basta leer á San Ambrosio para comprender cuan familiares le eran los clásicos todos, puesto que sus discursos están llenos de giros y de pensamientos sacados de los más selectos autores. Había, pues, necesidad de que estuviera muy generalizado el mal gusto, para que, á pesar de esto, sea su estilo incorrecto y extravagante, sin franqueza en la expresión, y para que se entregue á vanas sutilezas y á juegos de pensa-

mientos cuando no le anima á ello el sentimiento del deber ó del peligro (18).

Quizá el mejor de sus discursos es el que compuso sobre la muerte de Sátiro su hermano, que tanto hemos admirado en los padres griegos. «Nada me ha servido recoger tu respiración moribunda, haber apoyado mi boca en tus cárdenos labios. Esperaba hacer pasar tu muerte á mi seno, ó comunicarte mi vida; ¡prendas queridas crueles, dulces, abrazos infelices, en medio de los cuales sentí que su cuerpo quedaba yerto, estirado y que exhalaba su último aliento! Le estreché entre mis brazos, con fuerza; pero ya había perdido á aquel á quien abrazaba todavía. Aquel hábito de muerte, de que me he penetrado, ha sido para mí un soplo de vida; permita á lo menos el cielo que purifique mi corazón y traslade mi alma tu inocencia y tu dulzura!»

En este bellísimo exordio se eleva de los afectos domésticos á la contemplación de las públicas desgracias. «Hemos llevado, carísimos hermanos, al ara del sacrificio la víctima que nos fué pedida, víctima pura y acepta á Dios, Sátiro mi hermano y mi apoyo. Yo no había olvidado que era mortal, ni me dejé ilusionar por una vana esperanza; pero la gracia sobrepujo á la esperanza y en vez de quejarme á Dios debo darle gracias, porque siempre desearé que en caso de que amenazare alguna calamidad á la Iglesia ó á mí, descargue la tempestad sobre mí ó sobre mi familia. Gracias al Señor porque en la universal destrucción producida por los bárbaros que llevan la guerra á todas partes, haya podido yo satisfacer á la aflicción común con mis disgustos particulares y haya sido herido yo solo cuando temía por todos. Sí, hermano, tú que fuiste tan venturoso en lo que hace agradable la vida, no lo fuiste menos por la oportunidad de tu muerte. No nos fuiste arrebatado á nosotros, sino á los desastres: no has perdido la vida, sino que te has librado de las amenazas de la calamidad suspendida sobre nuestra cabeza. Amando tanto á todos los tuyos, cuánto hubiera llorado al saber que Italia se ve atacada á sus mismas puertas por un enemigo! ¡Cuál hubiera sido tu aflicción al pensar que todas nuestras esperanzas de salvación están en el baluarte de los Alpes, y que algunos troncos de árboles son la única barrera que defiende el pudor! ¡Cuánto se hubiera contristado tu alma al ver que nos separa tan corta distancia del enemigo, de un enemigo feroz y brutal que no respeta ni la vida ni el pudor!»

No dice nada tan bello ni en los consuelos por la muerte de Valentiano, ni en el panegírico de Teodosio. En su obra más extensa y más curiosa, titulada *De officiis ministrorum*, trata de los deberes de los eclesiásticos para pasar revista á los de todos los hombres y para resolver cuestiones de

(18) *D. Ambrosii opera ex editione romana*, Paris, 1642, 5 tomos en folio.

filosofía práctica. Orígenes le sirve de utilidad suma en el *Exameron*, en el cual explica los seis días de la creación. Sus elogios de la virginidad producían tal efecto que los padres y los esposos se quejaban de que tan inmenso número de doncellas consagraran á Dios su pureza. También compuso muchos himnos de tierna y noble sencillez, de los que todavía se cantan algunos (19), con la intención de oponer su antídoto á los cantos profanos usuales entre el pueblo. Con santa complacencia recordaba la melodía producida por voces de hombres, de mujeres, de vírgenes y de niños, resonando como el ruido de las olas (20), y de la cual se sentía conmovido el mismo San Agustín, hasta el punto de prorumpir en llanto (21).

**Mamerto, 454.**— Claudio Mamerto, hermano de un obispo de Viena, y citado con elogio por Sidonio Apolinario entre los talentos más distinguidos de su tiempo, escribió tres libros (*De statu animarum*) en los cuales trata con mucha sagacidad y dialéctica de la espiritualidad de las almas.

**San Vicente de Lerins, 450.**— San Vicente de Lerins publicó en 434 el *Commonitorium*, advertencia contra las herejías condenadas tres años antes en el concilio de Efeso, con exhortaciones á los fieles de seguir lo que ha sido profesado y creído en todas partes, siempre y por todos.

Conviene citar sus ideas sobre la conformidad del progreso con la estabilidad de la Iglesia: «¿No habrá progreso en la Iglesia de Cristo? se pregunta á sí mismo. Lo hay ciertamente y mucho; no hay ninguno tan enemigo de Dios que quiera impedirlo; pero debe ser un progreso verdadero de la fe y no un cambio. El progreso consiste en engrandecerse una cosa en sí misma; el cambio es pasar de un estado á otro. Así, pues, conviene que la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de cada uno y de todos se aumenten con los años y con los siglos, pero en un mismo género, esto es, en el mismo sentido, en el mismo pensamiento. También se desarrollan los cuerpos, pero siempre quedan los mismos, y el viejo es aquel mismo que fué niño. La recta y legítima ley del progreso consiste en que el número de los años descubra en los seres que se perfeccionan las partes y las formas que el Creador les designó distintamente. Pero si la figura humana se cambia en otra de diverso género, si se añade ó quita algún miembro, fuerza es que el cuerpo perezca, ó se haga monstruoso ó á lo me-

(19) *Deus creator omnium. Jam surgit hora tertia. Nunc sancte nobis Spiritus;* y algunos le atribuyen también el *Te-Deum*, que pretenden otros haber sido compuesto por un monge llamado Sisebuto, que vivió probablemente en el siglo VI en Monte Casino. Véase QUESNEL. *Observ. ad Breviarium chori monasterii M. Casini* en la *Panitentiale* de Teodoro, publicada por Jacobo Petit, primera parte, pág. 328.

(20) *Exameron*, III, 5.

(21) *Confesiones*, IX, 7.

nos se debilite. También conviene que el dogma cristiano siga esta ley del progreso, esto es, que se consolide y dilate con el tiempo, y que se manifieste completo y entero en la proporción de sus partes como en todos sus miembros; pero no admitais ningún cambio á costa de su propiedad ninguna variación en sus definiciones.» (22)

**San Agustín.**—El más universal entre los padres latinos fué San Agustín, el cual, si hubiera logrado en su favor tiempos más oportunos, hubiera podido ser colocado entre el número de los más sublimes talentos. Todo lo supo, y á todo se plegó su dócil inteligencia. Metafísico, historiador, versado en el conocimiento de las costumbres y de las artes, sutil dialéctico, orador grave y magestuoso, escribió sobre la música y trató los puntos teológicos más áridos: describió la decadencia del imperio y analizó los fenómenos de la mente. Sabe animar con la elocuencia la discusión escolástica, y asociar la imaginación á la teología, aunque frecuentemente obligado á consumir su sagacidad en místicas sutilezas (23). A veces tiene su elocuencia algo de bárbaro y de afectado, si bien á menudo es nueva y sencilla, concisa y breve siempre. Obraban poderosamente sobre los espíritus africanos los evidentes pensamientos de aquella imaginación ardiente como el clima natal y la emoción extraordinaria con que los expresaba. Si, desprovisto de arte, desigual y áspero en su estilo, no se eleva á tanta altura como los Padres orientales, tiene más que ellos del espíritu evangélico porque se dirige más á menudo al corazón: si pretende demostrar aun las verdades que no admiten demostración, y cree que se aclaran y refuerzan repitiéndolas, también por otra parte llevó hasta el púlpito aquella viva ternura del alma que respira en sus *Confesiones*, y que no le abandona nunca, ni aun en las áridas discusiones de la teología.

Desde Cartago fué de profesor de elocuencia á Roma, «no para ganar más, dice, no porque me redundara de ello más honra, sino porque (dice él mismo) supe que allí se estudiaba con más sosiego, que á la juventud se la tenía más á raya, y no entraba de improviso y descaradamente en la escuela de un maestro, donde no tenía costumbre de asistir de continuo, y que nadie era admitido en ellas sin obtener previamente el beneplácito del maestro. Al revés, en Cartago reina una libertad desenfrenada entre los estudiantes, que entran con audacia en las escuelas, y perturban el orden y las reglas establecidas para la enseñanza.» (24) Prosigue de este modo bosquejando la indisciplina de la ju-

(22) *Commonit.*, c. 23.

(23) *D. Augustini hipponenensis episcopi opera, per theologos lovanienses edita*, 1577, 12 tomos en folio. Las obras de San Agustín han sido reimprimadas últimamente en París con arreglo á la edición de los Benedictinos, en 8.º.

(24) *Confesiones*, V, 8.

ventud cartaginense. A pesar de todo, no se procedía en esto de una manera ejemplar en Roma. A veces todos los discípulos se pasaban á otro profesor de comun acuerdo, para defraudar al primero en la retribución que le debían.

Sus *Confesiones*, libro destinado y dedicado exclusivamente á las almas de los que vuelven al buen camino, no á los que nunca se han alejado de él, son un modelo, mal imitado por ciertos tratados modernos de cínico orgullo. Nada más sencillo que acusarse de pecador en general, estando seguros de que no nos han de coger por la palabra: algunas veces confiesa uno también culpas enormes, no para ser despreciado, sino para hacer admirar el cambio del cual no hay más prueba que la propia confesión, ó para que resulte un contraste favorable entre la culpa y el ingenio y la belleza de las obras. Agustín en vez de esto hace á Dios una exposición ingenua de las luchas que sostuvo al pasar de la vida mala á la buena, del error á la verdad. Mientras la filosofía moderna sin avergonzarse de un vínculo no bendito, envía sus frutos al hospital, Agustín, cristiano, se avergüenza de la culpa, pero educa y coloca á sus hijos, comprendiendo que una violación del deber no justifica otra nueva, y que no deben llevar los demás la pena de nuestra propia falta. Alma llena de ambición y de amor, en sus juveniles años se embriaga en la copa de los placeres y no se satisface: le disgusta la celebridad, corre con avidez en pos de la verdad y de la ventura. Luchando contra sí mismo en la soledad violenta de su corazón, supera todos los obstáculos que oponen una falsa sabiduría, una larga costumbre, las escitaciones de la juventud y de la concupiscencia: nos las señala con la verdad del que lo ha pasado, con la energía de aquel á quien el arrepentimiento ha hecho considerar como más enorme la culpa. Así se reconoce uno á sí propio en ese espejo que ofrece á nuestros ojos, y produce consuelo ver que una voluntad firme puede suministrar tanta fuerza; y los problemas de nuestra existencia interior quedan resueltos por ese continuo recurso á Dios que es la única explicación de ellos.

Es cosa nueva en la antigüedad la profunda naturalidad que resplandece en este escrito, así como la reflexión severa y la tristeza sin desesperación con que el cristianismo dotó al hombre.

Los *Soliloquios*, son pláticas de San Agustín consigo propio para conocer á Dios y al alma: allí despliega una dialéctica sutil á la cual se asocia una imaginación llena de sensibilidad. ¡Cuanta agitación en aquella alma ansiosa de verdad! «En mi primera juventud, dice, me impedía investigar la verdad cierta timidez infantil que tenía mucho de superstición; pero habiéndome hinchado el corazón la edad misma, me precipité en otro exceso: oía hablar de hombres que afirmaban poseer el poder de sacar del error, sin acudir á la autoridad imperiosa, á todo el que asistiera á sus lecciones y presentarle la verdad sin ningún velo. A la sazón

era yo todo fuego, todo atolondramiento, como es la juventud; amando la verdad, si bien con esa especie de orgullo que se contrae en la escuela, cuando se oye discutir sobre todas las materias á hombres reputados por sabios. Así yo no pedía más que entrar en liza, desdeñando como fábula todo lo que superaba á mi inteligencia y á mis sentidos. ¡Cuan ciego estaba! busqué por el camino de la soberbia lo que solo por el camino de la humildad se halla (25). Estuve nueve años con los maniqueos.... Sin embargo, no pudo ocultarseme que eran más fecundos en argumentos para combatir la doctrina de la Iglesia que en pruebas para establecer la suya.» (26)

Cuando llegó al fin á tranquilizar su alma en la autoridad, combatió los errores de los demás, y discutió los puntos más espinosos de la filosofía. Refutando á los académicos y disputando con los origenistas se le presentaba la cuestión de lo finito y de lo infinito, esto es la creación: hubo de tratar del origen del mal con los maniqueos: con los pelagianos de las sutiles relaciones entre lo necesario y lo contingente: explicadas están las relaciones entre la fe y la ciencia en otros trabajos destinados á demostrar que el elemento humano del raciocinio debe apoyarse en el elemento divino de la fe: por último, en la *Ciudad de Dios* aborda la cuestión política, sosteniendo que todos los acontecimientos de aquí abajo consuman los designios de la Providencia, que sin poner trabas al libre albedrío, hace converger las voluntades finitas hacia las miras de la sabiduría infinita.

En Occidente fué el primero que redujo á la forma sistemática la doctrina del Evangelio, y bajo este aspecto puede ser considerado como padre del dogmatismo latino; no porque imaginara un nuevo sistema filosófico, sino porque saca provecho de su mucho estudio y de su vasto y flexible talento para encontrar afinidades todavía no observadas entre el cristianismo y las doctrinas de Alejandría, combatiendo los errores de estas con la autoridad de aquel, á fin de fundir el neoplatonismo con los objetos de la revelación, y para demostrar que el apoyo de la sabiduría divina es indispensable á la ciencia y á la razón humana. Dios, ser necesario, perfectísimo, es viviente en atención á que la vida es mejor que la inercia: es la misma vida, porque la vida es mejor que el ser vivo: es el principio de la inteligencia: es inmutable en su sabiduría. Crió libremente el mundo, pero le conocía antes de que existiera. Es la verdad eterna, la eterna ley de toda justicia; es el bien supremo del mundo espiritual, al cual propende el hombre á reunirse por medio de la religión. Llamó á todos los hombres á la felicidad por la senda de la virtud, á la que deben llegar con ayuda de la razón y de la voluntad, que á su antojo

(25) *Serm.*, LI, cap. 5, núm. 6.

(26) *De utilitate credendi*, cap. 1, núm. 2.

filosofía práctica. Orígenes le sirve de utilidad suma en el *Exameron*, en el cual explica los seis días de la creación. Sus elogios de la virginidad producían tal efecto que los padres y los esposos se quejaban de que tan inmenso número de doncellas consagraran á Dios su pureza. También compuso muchos himnos de tierna y noble sencillez, de los que todavía se cantan algunos (19), con la intención de oponer su antídoto á los cantos profanos usuales entre el pueblo. Con santa complacencia recordaba la melodía producida por voces de hombres, de mujeres, de vírgenes y de niños, resonando como el ruido de las olas (20), y de la cual se sentía conmovido el mismo San Agustín, hasta el punto de prorumpir en llanto (21).

**Mamerto, 454.**— Claudio Mamerto, hermano de un obispo de Viena, y citado con elogio por Sidonio Apolinario entre los talentos más distinguidos de su tiempo, escribió tres libros (*De statu animarum*) en los cuales trata con mucha sagacidad y dialéctica de la espiritualidad de las almas.

**San Vicente de Lerins, 450.**— San Vicente de Lerins publicó en 434 el *Commonitorium*, advertencia contra las herejías condenadas tres años antes en el concilio de Efeso, con exhortaciones á los fieles de seguir lo que ha sido profesado y creído en todas partes, siempre y por todos.

Conviene citar sus ideas sobre la conformidad del progreso con la estabilidad de la Iglesia: «¿No habrá progreso en la Iglesia de Cristo? se pregunta á sí mismo. Lo hay ciertamente y mucho; no hay ninguno tan enemigo de Dios que quería impedirlo; pero debe ser un progreso verdadero de la fe y no un cambio. El progreso consiste en engrandecerse una cosa en sí misma; el cambio es pasar de un estado á otro. Así, pues, conviene que la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de cada uno y de todos se aumenten con los años y con los siglos, pero en un mismo género, esto es, en el mismo sentido, en el mismo pensamiento. También se desarrollan los cuerpos, pero siempre quedan los mismos, y el viejo es aquel mismo que fué niño. La recta y legítima ley del progreso consiste en que el número de los años descubra en los seres que se perfeccionan las partes y las formas que el Creador les designó distintamente. Pero si la figura humana se cambia en otra de diverso género, si se añade ó quita algún miembro, fuerza es que el cuerpo perezca, ó se haga monstruoso ó á lo me-

(19) *Deus creator omnium. Jam surgit hora tertia. Nunc sancte nobis Spiritus;* y algunos le atribuyen también el *Te-Deum*, que pretenden otros haber sido compuesto por un monge llamado Sisebuto, que vivió probablemente en el siglo VI en Monte Casino. Véase QUESNEL. *Observationes ad Breviarium chori monasterii M. Casini* en la *Penitentialia* de Teodoro, publicada por Jacobo Petit, primera parte, pág. 328.

(20) *Exameron*, III, 5.

(21) *Confesiones*, IX, 7.

nos se debilite. También conviene que el dogma cristiano siga esta ley del progreso, esto es, que se consolide y dilate con el tiempo, y que se manifieste completo y entero en la proporción de sus partes como en todos sus miembros; pero no admitais ningún cambio á costa de su propiedad ninguna variación en sus definiciones.» (22)

**San Agustín.**—El más universal entre los padres latinos fué San Agustín, el cual, si hubiera logrado en su favor tiempos más oportunos, hubiera podido ser colocado entre el número de los más sublimes talentos. Todo lo supo, y á todo se plegó su dócil inteligencia. Metafísico, historiador, versado en el conocimiento de las costumbres y de las artes, sutil dialéctico, orador grave y magestuoso, escribió sobre la música y trató los puntos teológicos más áridos: describió la decadencia del imperio y analizó los fenómenos de la mente. Sabe animar con la elocuencia la discusión escolástica, y asociar la imaginación á la teología, aunque frecuentemente obligado á consumir su sagacidad en místicas sutilezas (23). A veces tiene su elocuencia algo de bárbaro y de afectado, si bien á menudo es nueva y sencilla, concisa y breve siempre. Obraban poderosamente sobre los espíritus africanos los evidentes pensamientos de aquella imaginación ardiente como el clima natal y la emoción extraordinaria con que los expresaba. Si, desprovisto de arte, desigual y áspero en su estilo, no se eleva á tanta altura como los Padres orientales, tiene más que ellos del espíritu evangélico porque se dirige más á menudo al corazón: si pretende demostrar aun las verdades que no admiten demostración, y cree que se aclaran y refuerzan repitiéndolas, también por otra parte llevó hasta el púlpito aquella viva ternura del alma que respira en sus *Confesiones*, y que no le abandona nunca, ni aun en las áridas discusiones de la teología.

Desde Cartago fué de profesor de elocuencia á Roma, «no para ganar más, dice, no porque me redundara de ello más honra, sino porque (dice él mismo) supe que allí se estudiaba con más sosiego, que á la juventud se la tenía más á raya, y no entraba de improviso y descaradamente en la escuela de un maestro, donde no tenía costumbre de asistir de continuo, y que nadie era admitido en ellas sin obtener previamente el beneplácito del maestro. Al revés, en Cartago reina una libertad desenfrenada entre los estudiantes, que entran con audacia en las escuelas, y perturban el orden y las reglas establecidas para la enseñanza.» (24) Prosigue de este modo bosquejando la indisciplina de la ju-

(22) *Commonit.*, c. 23.

(23) *D. Augustini hipponenensis episcopi opera, per theologos lovanienses edita*. 1577, 12 tomos en folio. Las obras de San Agustín han sido reimprimadas últimamente en París con arreglo á la edición de los Benedictinos, en 8.º.

(24) *Confesiones*, V, 8.

ventud cartaginense. A pesar de todo, no se procedía en esto de una manera ejemplar en Roma. A veces todos los discípulos se pasaban á otro profesor de comun acuerdo, para defraudar al primero en la retribución que le debían.

Sus *Confesiones*, libro destinado y dedicado exclusivamente á las almas de los que vuelven al buen camino, no á los que nunca se han alejado de él, son un modelo, mal imitado por ciertos tratados modernos de cínico orgullo. Nada más sencillo que acusarse de pecador en general, estando seguros de que no nos han de coger por la palabra: algunas veces confiesa uno también culpas enormes, no para ser despreciado, sino para hacer admirar el cambio del cual no hay más prueba que la propia confesión, ó para que resulte un contraste favorable entre la culpa y el ingenio y la belleza de las obras. Agustín en vez de esto hace á Dios una exposición ingenua de las luchas que sostuvo al pasar de la vida mala á la buena, del error á la verdad. Mientras la filosofía moderna sin avergonzarse de un vínculo no bendito, envía sus frutos al hospital, Agustín, cristiano, se avergüenza de la culpa, pero educa y coloca á sus hijos, comprendiendo que una violación del deber no justifica otra nueva, y que no deben llevar los demás la pena de nuestra propia falta. Alma llena de ambición y de amor, en sus juveniles años se embriaga en la copa de los placeres y no se satisface; le disgusta la celebridad, corre con avidez en pos de la verdad y de la ventura. Luchando contra sí mismo en la soledad violenta de su corazón, supera todos los obstáculos que oponen una falsa sabiduría, una larga costumbre, las escitaciones de la juventud y de la concupiscencia: nos las señala con la verdad del que lo ha pasado, con la energía de aquel á quien el arrepentimiento ha hecho considerar como más enorme la culpa. Así se reconoce uno á sí propio en ese espejo que ofrece á nuestros ojos, y produce consuelo ver que una voluntad firme puede suministrar tanta fuerza; y los problemas de nuestra existencia interior quedan resueltos por ese continuo recurso á Dios que es la única explicación de ellos.

Es cosa nueva en la antigüedad la profunda naturalidad que resplandece en este escrito, así como la reflexión severa y la tristeza sin desesperación con que el cristianismo dotó al hombre.

Los *Soliloquios*, son pláticas de San Agustín consigo propio para conocer á Dios y al alma: allí despliega una dialéctica sutil á la cual se asocia una imaginación llena de sensibilidad. ¡Cuanta agitación en aquella alma ansiosa de verdad! «En mi primera juventud, dice, me impedía investigar la verdad cierta timidez infantil que tenía mucho de superstición; pero habiéndome hinchado el corazón la edad misma, me precipité en otro esceso: oía hablar de hombres que afirmaban poseer el poder de sacar del error, sin acudir á la autoridad imperiosa, á todo el que asistiera á sus lecciones y presentarle la verdad sin ningún velo. A la sazón

era yo todo fuego, todo atolondramiento, como es la juventud; amando la verdad, si bien con esa especie de orgullo que se contrae en la escuela, cuando se oye discutir sobre todas las materias á hombres reputados por sabios. Así yo no pedía más que entrar en liza, desdeñando como fábula todo lo que superaba á mi inteligencia y á mis sentidos. ¡Cuan ciego estaba! busqué por el camino de la soberbia lo que solo por el camino de la humildad se halla (25). Estuve nueve años con los maniqueos.... Sin embargo, no pudo ocultarseme que eran más fecundos en argumentos para combatir la doctrina de la Iglesia que en pruebas para establecer la suya.» (26)

Cuando llegó al fin á tranquilizar su alma en la autoridad, combatió los errores de los demás, y discutió los puntos más espinosos de la filosofía. Refutando á los académicos y disputando con los origenistas se le presentaba la cuestión de lo finito y de lo infinito, esto es la creación: hubo de tratar del origen del mal con los maniqueos: con los pelagianos de las sutiles relaciones entre lo necesario y lo contingente: explicadas están las relaciones entre la fe y la ciencia en otros trabajos destinados á demostrar que el elemento humano del raciocinio debe apoyarse en el elemento divino de la fe: por último, en la *Ciudad de Dios* aborda la cuestión política, sosteniendo que todos los acontecimientos de aquí abajo consuman los designios de la Providencia, que sin poner trabas al libre albedrío, hace converger las voluntades finitas hácia las miras de la sabiduría infinita.

En Occidente fué el primero que redujo á la forma sistemática la doctrina del Evangelio, y bajo este aspecto puede ser considerado como padre del dogmatismo latino; no porque imaginara un nuevo sistema filosófico, sino porque saca provecho de su mucho estudio y de su vasto y flexible talento para encontrar afinidades todavía no observadas entre el cristianismo y las doctrinas de Alejandría, combatiendo los errores de estas con la autoridad de aquel, á fin de fundir el neoplatonismo con los objetos de la revelación, y para demostrar que el apoyo de la sabiduría divina es indispensable á la ciencia y á la razón humana. Dios, ser necesario, perfectísimo, es viviente en atención á que la vida es mejor que la inercia: es la misma vida, porque la vida es mejor que el ser vivo: es el principio de la inteligencia: es inmutable en su sabiduría. Crió libremente el mundo, pero le conocía antes de que existiera; es la verdad eterna, la eterna ley de toda justicia; es el bien supremo del mundo espiritual, al cual propende el hombre á reunirse por medio de la religión. Llamó á todos los hombres á la felicidad por la senda de la virtud, á la que deben llegar con ayuda de la razón y de la voluntad, que á su antojo

(25) *Serm.*, LI, cap. 5, núm. 6.

(26) *De utilitate credendi*, cap. 1, núm. 2.

puede usar de la libertad para aproximarse ó para alejarse de Dios.

Siendo eternas é inmutables las ideas que encierra en sí la inteligencia divina, no solo como actos de su mente, sino como tipos de las criaturas, resulta de aquí que las ideas son independientes de las cosas. Todo cuanto existe es bueno: hasta la misma muerte es buena porque tiene por causa la existencia. El mal no debe buscarse en la sustancia, sino en las falsas analogías que se establecen entre los seres. El universo, esencialmente perfecto, debe comprender toda clase de cosas, y por consiguiente criaturas inferiores y corruptibles.

Esto es lo que oponía á los maniqueos. Suscitaban los pelagianos la cuestion de la Gracia: combatióles en este terreno, como filósofo, demostrando que su ciencia era limitada é imperfecta: como reformador práctico; porque debilitaban el medio de gobierno más eficaz que poseía la Iglesia; como lógico, porque sus ideas no se adaptaban á las consecuencias deducidas de las ideas fundamentales de la fe. Sostuvo que el hombre después del pecado original cesó de ser impecable: que la gracia de hacer el bien no puede emanar más que de Dios que la concede á quien y en el grado que quiere (27). Entonces se esfuerza en conciliar la libertad humana con la predestinacion divina, el mal con la providencia. No embarazaron poco en lo sucesivo estas discusiones á los teólogos, quienes á veces pretendieron hallar en San Agustin pasajes en apoyo de opiniones que la Iglesia condena ó casi no tolera.

Al principio de su vida filosófica siguió las erróneas doctrinas de los académicos; pero, como reconoció las dificultades que presentan en los problemas fundamentales, buscó la solución en las hipótesis escesivas de los platónicos, y adoptó las ideas innatas en toda la estension que ellos les habían dado: finalmente fué conducido á la verdad creyendo que la naturaleza humana es razonable por su esencia, lo cual la induce á buscar y á conocer la verdad (28).

Segun San Agustin, como es dado á todos consultar en sí mismos esta verdad, el que no oye su

voz solo á sí propio puede acusarse (29); y si todos no saben distinguirla, consiste en que las cosas verdaderas se parecen á las que son falsas, y en que la ilusion de las pasiones hace que se tomen las unas por las otras. Afirma, pues, que la verdad habita en el fuero interno del hombre (30), lo cual quería explicar sin duda esta sentencia admirada; *Conócete á tí propio*; y presenta la observacion de los hechos internos como el manantial de las verdades más sublimes: doctrina inmensamente superior á aquel empirismo vulgar puesto en boga por Locke, que todo quiere deducirlo de la observacion exterior.

San Agustin cita el ejemplo de la idolatria para demostrar que la voluntad tiene la culpa del error, ora en las opiniones de la muchedumbre, ora en las de los doctos. Los hombres amaron más á las obras que al artífice, y, no teniendo bastante fuerza para buscar á éste, se detuvieron en aquellas. Del amor de las criaturas se dejaron llevar hasta el punto de *querer servir las*. Aspirando los doctos á una libertad sin freno, caen en la incredulidad: unos y otros pueden salir de estos errores, *si creen lo que no serian capaces de comprender todavía* (31).

Ya en él se encuentra el argumento de Descartes que alega los actos de la mente como demostracion de la propia existencia (32). Pero el *Yo soy*, que carece de apoyo en Descartes, porque supone una mayor, no lo acepta el santo más que como un principio no cuestionado por los académicos á quienes refuta, y no como primera verdad. Prueba (33) que todo hombre sabe por el testimonio de su conciencia, que vive, siente, comprende, lo cual equivale á conocer su alma, es decir, el sujeto que vive y siente y comprende.

Hállanse tambien en San Agustin algunas opiniones con que se honra á los filósofos posteriores y otras cuyo olvido ha arrastrado al error, y otras que dieron un pretexto para sostener sus errores: cuantos heresiarcas se levantaron desde Pelagio hasta Jansenio. En contraposicion de doctrina que se aspiraría á resucitar actualmente, distingue bien á las claras la facultad de sentir de la de juzgar: hace consistir el espíritu en la última (34), demuestra que si estuviéramos dotados únicamen-

(27) MARHENECKE.—*Diálogos sobre la doctrina de San Agustin tocante á la libertad y á la gracia*. Berlín, 1821 (aleman).

G. F. WIGGER.—*Ensayo de una exposicion histórica de Augusto y de Pelagio*. Berlín, 1821.

(28) Ya señalamos el falso racionio de Platon que decía: *Saber es acordarse*, y lo demostraba por el ejemplo de un niño que interrogado con arte responde acerca de puntos que nunca le han sido enseñados. La conclusion de Platon era: *Luego hay en el ideas*, y basta que tengan desarrollo. La nuestra es: *Luego es razonable*. San Agustin, que en un principio habia hecho el primer racionio, se retractó diciendo: *Pudiera acontecer que el niño respondiera á lo que se le pregunta porque es de una naturaleza inteligente*. *Retract.* I, 8.

(29) *Ubique, veritas, præsides omnibus consulentibus simulque respondes etiam diversis consulentibus. Liguide respondes, sed non liguide omnes audiunt. Omnes unde lunt consulunt, sed non semper quod volent audiunt. Opus minister tuus est qui non magis intuetur hoc a te a dire quod ipse voluerit, sed potius hoc velle quod a te audit.* *Confess.* X, 26.

(30) *De vera religione*, 39.

(31) *Idem*, 38.

(32) Yo pienso, luego existo. *Præus abs te quæro, ut manifestissimis capiamus exordium, utrum tu ipse sis, tu forte metuis ne hac interrogacione fallaris, cum utique si non esses, falli omnino non posses?* *De lib. arb.* II, 3.

(33) *De trinitate*, X.

(34) *Quæstiones*, IX.

de sentidos, de ningun modo pudiéramos hacer uso de los signos, careciendo de los medios de distinguirlos del objeto designado (35).

Su tratado de *la cosas que no se ven* está dirigido contra los que rechazan el cristianismo porque impone la obligacion de creer lo que está fuera del dominio de los sentidos. Allí sostiene que si no se tiene fe en las cosas imperceptibles á los ojos, entonces la sociedad civil carece de base. Sin embargo, añade, nuestra creencia se apoya igualmente en pruebas sensibles, como el cumplimiento de las profecias, y especialmente el gran cambio del mundo, operado por un crucificado.

Hizo tambien una guerra activa á la astrologia muy propagada en aquel tiempo; dedicándose principalmente á manifestar cuan diverso es el destino de dos gemelos nacidos bajo la misma conjuncion de astros; cuan absurdo es admitir una determinacion anterior del destino, y pretender luego modificarla, no comenzando una empresa más que bajo la influencia bienhechora de tal ó cual planeta.

Pareciéndole poco rectas ó poco claras algunas de las opiniones que habia omitido, pensó corregirlas ó aclararlas en su vejez con las *Retracciones*, repasando noventa y tres obras suyas que forman doscientos cincuenta y dos volúmenes. Su biógrafo Posidio, enumerando tambien sus homilias y sus cartas, cuenta mil y treinta obras suyas, y sin embargo, no cree que las haya citado todas. Poniendo á un lado las que son repeticiones ó combaten errores aislados, nos quedan unas doce que ocupan un lugar entre lo más importante que produjo la Iglesia Occidental.

En lo concerniente á la política, á estas palabras de San Pablo *No hay poder que no sea establecido por Dios*, añade San Agustin: *Ora lo ordene, ora lo permita*. No bastaron los primeros fulgures del cristianismo á desterrar la máxima, indubitable hasta entonces, de que el derecho de vida y de muerte pertenece al soberano. Tanto que San Agustin dice: «El soldado que no mata, cuando el príncipe legítimo se lo ordena, es tan culpable como el que mata sin espreso mandato.» (36) Todavía no se habia llegado á formar idea de un derecho político nuevo, estableciendo una distincion entre dos cosas distintas, la fuerza y el derecho de juzgar. San Agustin escusa la terrible necesidad de la guerra siempre que se trata de repeler la injuria, de vengar el perjuicio irrogado á los súbditos de oponerse á ambiciosos vecinos; pero admite que la injusticia de su comienzo puede hacerla inicua, así como la violencia de los medios, el abuso de la victoria, el encarnizamiento contra el enemigo. La

(35) La mente *servat aliquid quod libere de specie imaginum* (de las cosas corporales) *judicet; et hoc est magis mens, idest rationalis intelligentia qua servatur ut judicet.* *De Trin.* IX, 5.

(36) *De Civ. Dei*, I, 20. Véase de MAISTRE, *Del papa*, IV, 4.

crueledad de la venganza, la turbacion de la paz, la ambicion de conquistas, el permitir violencias cuando es posible impedir las (37).

Al responder á Marcelino tambien habia examinado como la religion se concilia con la politica (lo cual parecia imposible á los paganos), con arreglo á los dos preceptos de devolver el bien por el mal, y de presentar la mejilla izquierda al que ha bofetado la mejilla derecha: preceptos que, segun ellos, prohibian la restitution de los bienes arrebatados por un enemigo, ó rechazar á los bárbaros que devastaban el imperio. Pero Agustin responde que nada es más á propósito para mantener la concordia que la clemencia y el perdon de las injurias estableciéndose más fácilmente la buena inteligencia entre personas corregidas con la paciencia y la dulzura, que entre aquellas que han sido sometidas á viva fuerza; que el precepto de presentar la otra mejilla no debe entenderse á la letra hasta el punto de practicarlo esteriormente, sino como disposicion del corazón. Esto no impide castigar á los perversos, para mejorarlos hasta á pesar suyo, ó refrenarlos por medio de la guerra, que está muy lejos de hallarse prohibida por el Evangelio, puesto que determina los deberes de los soldados (38). Cumplan los estos; sean tales como quiere el cristianismo, pueblos y magistrados, señores y esclavos, reyes, jueces, arrendatarios, maridos, esposas, padres, hijos, y luego se verá si pierde en ello el Estado. Por lo demás, imputar á los príncipes cristianos la decadencia de la república es un absurdo, dado que habia ya mucho tiempo, segun el testimonio de los mismos gentiles, que los vicios públicos y privados (39) la tenian destruida.

Cuando Roma fué tomada por Alarico se alzó una voz en todo el mundo cristiano para proclamar que era la venganza de la sangre de tantos mártires como allí habian sido inmolados; y en muchos discursos de San Agustin se columbra una especie de alborozo por esta gran justicia. Pero los parciales del antiguo culto vieron en este desastre un castigo impuesto por los dioses abandonados, é imputaron á los cristianos la ruina del imperio.

Agustin les opuso una obra de historia y de filosofía, la *Ciudad de Dios*, monumento curioso de erudicion y de genio, en que propone demostrar que las ideas de virtud y de gloria han sido conculcadas en el paganismo, y busca en éste las verdaderas causas de la ruina del imperio. Pone frente á frente las dos civilizaciones que están en lucha, y pronuncia la sentencia de muerte de una de ellas con una conviccion desconocida hasta entonces en la historia, al mismo tiempo que celebra el triunfo de la otra, que viene peregrinando desde

(37) Refutacion del maniqueo Fausto.

(38) SAN LUCAS, III, 14.

(39) *Ep.* 142.

Abel en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios.

Comenzó esta obra en el año 411, y la publicó sucesivamente en veinte y dos libros hasta el año 427. Emplea los diez primeros en refutar á los paganos, cinco de ellos arguyen contra los que creían que era necesario el culto de los dioses á la prosperidad temporal de este mundo, y presentan los ejemplos del saqueo de Troya en que fué degollado Príamo en el altar de los dioses, y el templo de Juno destinado para colocar los despojos y encerrar los prisioneros; de la caída del imperio de Nino y del hundimiento del de los Griegos cuando nadie atentaba contra el culto de los dioses. Los cinco libros siguientes refutan á los que creían deber servir á los dioses para alcanzar la bienaventuranza en la otra vida. Demuestran los doce últimos el origen de las dos ciudades, es decir, de la Iglesia y de la sociedad del siglo, sus progresos y su fin diferente.

«Hay dos ciudades, dice, una de los hombres, que tiene á Cain por jefe; otra de Dios, incorruptible y pura, de la cual fué Abel el primer ciudadano. Fué edificada la primera por el amor propio, llevado hasta el menosprecio de Dios; la segunda por el amor de Dios, llevado hasta el menosprecio de sí mismo; una se glorifica en sí propia, otra en el Señor: una busca la gloria de los hombres, otra no quiere gloria fuera del testimonio de la conciencia; una camina soberbia y erguida, otra dice á Dios: *Tú eres mi gloria*: en la una son arrastrados los príncipes por la pasión de dominar sobre sus súbditos; en la otra príncipes y súbditos se prestan recíproca asistencia, aquellos gobernando bien, estos obedeciendo.»

El que no se asuste de aquellas continuas antítesis y de aquel estilo de oropel, el que no se canse de las particularidades á que desciende al determinar el fin de las dos ciudades, queriendo aplicarles palabra por palabra el Apocalipsis, sin que falten nunca ni imaginación para usar el lenguaje misterioso, ni la alta inteligencia para discernir si conviene ó no traducir una idea en imágenes, admirará en este magnífico poema la elevación con que antes que ningún otro supo San Agustín abarcar de una ojeada á la humanidad entera. Desde los tiempos más remotos había descubierto el hombre en el orden maravilloso del mundo físico un sublime designio de la Providencia y comprendido el lenguaje en que cuentan los cielos la gloria de Dios. Pero que bajo la contingente variedad de los acontecimientos de que se compone la historia de la familia humana, se ocultara un designio inmutable y necesario de esta Providencia, designio que se cumple poco á poco á pesar de los obstáculos de la ignorancia y de las pasiones, cosa era que ninguno de los más insignes filósofos había llegado á ver, porque si estos creían en lo general en la Providencia, y en los premios y castigos con que ella hace seguir el bien y el mal, tanto para los individuos como para las naciones,

ni aun siquiera suponían que los hilos de los acontecimientos que se suceden en la tierra pudieran ir á parar todos á la mano de Dios, lo cual produce la unidad en tanta variedad.

Y en efecto, ¿cómo adivinarlo? Cada una de las naciones caminaba por su vía, cual si hubieran sido diferentes una de otra: el libre albedrío del hombre, la fuerza, las victorias, los desastres, decidían de la suerte de los pueblos. Solo el cristianismo podía anunciar que todos los hombres son hermanos, que Cristo es el centro de la humanidad, y que la estension de su reinado es el fin á que se dirigen las cosas humanas, aun en lo que parece oponerse á él. De ello habían ofrecido las persecuciones una dolorosa, aunque incontrastable prueba; y los Padres de la Iglesia proclamaron que la propagación del Evangelio es el fin á que la Providencia hace propender las cosas de este mundo. San Agustín observa los acontecimientos bajo este punto de vista, dando origen á lo que los modernos han denominado filosofía de la historia. Descendiendo de las consideraciones más sublimes á la práctica, aconseja á los miembros de la ciudad divina que permanezcan sumisos y sosegados mientras se hallen mezclados con los de la ciudad terrestre, que oren hasta por estos, á fin de disfrutar de la paz temporal, que es un bien común á los buenos y á los malos.

**P. Orosio, v. 420.**—Después de haberse propuesto responder en esta obra al paganismo político del Occidente, se apartó de su asunto, y en vez de una simple refutación, dió al mundo una exposición de las doctrinas del cristianismo, que puede calificarse de completa. Determinó á Paulo Orosio de Tarragona á tratar de su primer asunto. Este escritor acometió la empresa de demostrar en su melancólico libro (40), que desde que el mundo existe no cesaron de desolar al género humano grandes calamidades: que la historia era una repetición continua del pecado original, una serie de rebeliones contra Dios y de consiguientes castigos, de modo que nada tenían de extraordinario las calamidades presentes por muy desastrosas que fueran. De aquí dedujo que la vida es una senda de expiación, por la cual avanza el hombre á través de una dura preparación, se dirige á la felicidad verdadera, de que puede disfrutar de antemano en la tierra aquel que aprende de la religión á aceptar las pruebas como se debe. Esta obra fué una de las más conocidas en la Edad Media, y de las primeras que se imprimieron y tradujeron.

**Salviano, 390-484.**—Cuando los vándalos ocuparon el África, á los gentiles, que achacaban al

(40) El extraño título de *Ornamenta mundi*, nos inclinamos á considerarlo como error de un copista que halló escrito *Pauli Or. maesta mundi*. Paulo fué en el 415 á Palestina con San Jerónimo, y luego sembró la desunión entre él, Pelagio y Juan de Jerusalén en la famosa cuestión de los origenistas y en la de la Gracia.

cristianismo los reveses del imperio, se juntaron los mismos cristianos, quejándose de que la virtud y los padecimientos no les depararan más que infortunios. Entonces Salviano, *elocuyente sacerdote de Marsella*, escribió su libro *Del gobierno de Dios*, en el cual, después de haber demostrado con cuanto error se juzga del bien y del mal á menudo, busca en la historia la manifestación de la justicia divina, de la que no es posible quejarse con fundamento, cuando es tan general la corrupción dentro y fuera de la Iglesia. Estableciendo hasta comparaciones llenas de ricas descripciones y de pasajes patéticos, señala entre los bárbaros, devastadores del imperio, virtudes ignoradas ó caídas en desuso entre los romanos; de donde deduce que no era extraño que prevaleciesen.

Así se anticipó á la doctrina predicada en nuestros días, de que en la lucha, empeñada entre dos causas, siempre acaba por salir triunfante la mejor de ellas. Demostró que había comprendido lo que no comprendió ninguno de sus contemporáneos, á saber, que la caída del imperio engendrara una civilización nueva, constituida sobre la base del cristianismo (41).

¡Tanta vida, tanta armonía, tanto movimiento en la sociedad religiosa mientras la sociedad civil yacía inerte y desordenada! Entre los literatos paganos hemos hallado gramáticos helados, retóricos locuaces, fútiles cronistas, poetas de epitalamios y de idilios, todo cuanto puede existir con la depresión moral y la servidumbre. Entre los cristianos hay filósofos, políticos, oradores que agitan las

(41) En el congreso de los sabios franceses en Marsella el otoño del año 1846, leímos una disertación sobre este Padre de la Iglesia, considerándole como testimonio de la decadencia del imperio, y de la manera con que miraban los cristianos esta renovación del mundo.

cuestiones más elevadas; y la mayor parte de los que así escribían, también obraban: eran obispos, filósofos y políticos á un mismo tiempo, consagrados á la meditación y á la acción, á convencer y gobernar. Por eso sus escritos se resienten á veces de precipitación, compuestos como son por las circunstancias, y para resolver las cuestiones á medida que se originaban y que se agitaban con aquella libertad de que carece absolutamente la literatura de los paganos, porque apenas se suscitaba una duda sobre un punto, aun no bien esclarecido, era discutido por todas partes hasta que la decisión se pronunciara y se redujera á dogma.

Ocupándose especialmente de las cosas incurrieron en muchos defectos de forma, debidos en parte á su propio carácter, como también á la decadencia de los estudios y al menosprecio del arte. Juan Crisóstomo se abandona á veces á una redundancia sin energía: Agustín y Ambrosio conservan en las antítesis los hábitos de la retórica; énfasis en vez de calor, sutileza en vez de profundidad; en Cipriano el período ampuloso del Mediodía. La límpida facilidad de Lactancio forma contraste con las duras metáforas y el estilo férreo de Tertuliano. Pero estos lunares se hallan compensados por infinitas bellezas en Atanasio, tan hábil en encontrar argumentos como vigoroso en su exposición; en Basilio, que procede con noble elegancia, con precisión enérgica y con puro aticismo; en Gregorio, que asocia la sublimidad á la exactitud; en Juan Crisóstomo, en quien lo rico no disminuye lo patético; en Cipriano, cuya magnánima vehemencia se aproxima á la de Demóstenes; en Jerónimo que junta á la fuerza y á la imaginación una erudición variada; en Ambrosio naturalmente dulce, siempre noble y lleno de unción; en Agustín, que, popular y sublime, reúne las cualidades de todos y sabe sacar partido de ellas alternativamente en una carrera sembrada de luchas contra muy diversos adversarios.